



Ignacio Cartagena

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE PLINIO EL VIEJO

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE PLINIO EL VIEJO

Ignacio Cartagena

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE PLINIO EL VIEJO



ARS POETICA

Ignacio Cartagena

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE PLINIO EL VIEJO

colección

| NON OMNIS MORIAR |



Los últimos días de Plinio el Viejo
Ignacio Cartagena

Colección: NON OMNIS MORIAR

Dirección editorial: Ilia Galán

© 2018 Ignacio Cartagena
© 2018 ARS POETICA (de la edición)

ENTREACACIAS, S.L.
[Sociedad editorial]
c/Palacio Valdés, 3-5, 1ºC
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)
Tel. Administración: (+34) 985 792 892
Tel. Pedidos: (+34) 984 701 911
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: XWWa VFY, 2018

ISBN (edición impresa): 978-84-17691-10-3

ISBN (edición digital): 978-84-17691-11-0

Depósito Legal: AS 03999-2018

Impreso en España

Impreso por Quares

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Omnibus a supremo die eadem quae ante primum

PLINIO EL VIEJO

A los pocos días de fallecer mi profesor de latín, a quien en clase llamábamos Plinio el Viejo, su viuda, que también fue profesora mía, de matemáticas, me llamó para entregarme unos cuadernos llenos de versos. He aquí lo que me dijo:

Estos poemas eran el diario de mi marido. En los últimos años de enseñanza, las clases se le hicieron muy cuesta arriba. Luego nos jubilamos, me propuso que nos marcháramos al apartamento de la playa, y allí recuperó sus clásicos, retomó las acuarelas, volvió a pescar y a dar paseos... Pero escribir era lo único que le llenaba los días; incluso los últimos, cuando ya no hacíamos más que entrar y salir del hospital.

Léetelos con calma. No me los devuelvas. Las letras no son lo mío, y a él le hubiera gustado que un alumno los tuviese. Además: tal vez descubras algo que merezca publicarse. Si así lo decides, tienes mi permiso, aunque prefiero que su nombre no aparezca.

He ordenado los poemas en tres partes, atendiendo al orden cronológico que los cuadernos me sugerían:

En «Lluvia tras los cristales» recojo los últimos años de Instituto, en «Ensayo de paz perpetua», los años de la jubilación y en «El bárbaro Odoacro» los poemas que —me parece— escribió mi profesor en sus últimos meses de vida.

También he incluido un par de poemas largos que no tenían fecha: «Desnudo para principiantes» y «La academia de la lengua». Hago notar que, en el manuscrito, tanto la palabra «academia» como la palabra «lengua» aparecían en minúscula.

El poemario se abre con unos breves fragmentos arqueológicos, de difícil encaje en otro lugar, que creo pueden servir de pórtico al conjunto. Los he titulado «En la Ciudad Efímera», en homenaje a una de sus ciudades predilectas.

En la Ciudad Efímera

These fragments I shored against my ruins.

T.S. ELIOT

Non legitur

Anoche te me has vuelto a hacer encima
y me has dejado el pecho convertido en pergamo.

Repasso los relieves del mensaje indescifrabile.
Mis manos son en sánscrito, tu cuerpo es en latín.

La labor del arqueólogo

A veces eres túmulo
y vaso ecuestre y urna cineraria.

Y a veces aguja para el pelo,
cuenco, fíbula, candil, collar, sandalia.

Y a veces eres trigo.
Y a veces, delantal de esparto.

Y siempre estás sellada, siempre dentro,
y esperas que te limpie con ayuda de un escoplo,
que extraiga intimidad de entre tus días casi iguales,
que escarbe por debajo de tu séptimo cansancio.

Copa quebrada

Guardas en tu cuerpo un diminuto anacronismo,
un método de riego que dejaron los etruscos,
la acequia que disuelve entre espirales
el bronce ecuestre de mis limoneros.
Con ese viejo ducto me administras
las aguas de tu celo, moldeadas
hasta el barro; me repartes
en ungüentos, en afeites;
y si algo cae, algo
mancha o
algo
de
mí
queda,
lo reciclas
para darle de
comer a tus migrañas.

Pro domo mea

Tu cuerpo llega a veces de visita
por el impluvio.

Descalzo, se recuesta en el triclinio,
me agradece
la cena que le ofrezco,
los licores.

Y luego, ya sin túnica ni velo
— dejando tiempo a que la servidumbre
retire, de su tacto, lo que sobre —
me pide que vaya colocándole las piezas
de un juego tristemente parecido
al ajedrez.

Yacimiento

Dos mil años más tarde, en esta casa,
los gestos que acabamos desechando
tendrán las asas rotas, y sus curvas
serán de arcilla espesa,
sin esmalte.

Por más vueltas que den, a los expertos
también les pasará lo que a nosotros:
que no tendrán idea de cómo interpretarlos.

